

LA NOVELA CINEMATOGRAFICA
DEL
HOGAR

30
CTS.



JEAN TOULOUT

EDICIONES BISTAGNE

EL  **PUÑAL**
MALAYO

**La Novela Cinematográfica
del Hogar**

Publicación semanal de películas selectas

DIRECTOR:

Año III Francisco-Marío Bistagne Núm. 100

El puñal malayo

Intrigante cinedrama, interpretado por
**Jean Toulout, Jean Marchat,
Madame Bardier Kraus, Gaby
Basset, etc.**

Es un film

PATHÉ-NATAN

Distribuido por

Cinematográfica Almira

Rosellón, 210

BARCELONA

POSTAL-REGALO: **ANDRÉS PERELLÓ DE SEGUROLA**

EDICIONES BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis - BARCELONA

El puñal malayo

Argumento de la película

Lucien Mourtier, joven estudiante que acababa de obtener el título de abogado, se preparaba para alcanzar el de doctor. Vivía en París en una elegante pensión, costeadada por sus padres, matrimonio burgués que habitaba en provincias.

Lucien había sido hasta entonces un chico formal, que sabía aprovechar el tiempo. Amigo de diversiones, se había mantenido, sin embargo, en un plan digno y equilibrado.

Un día, su amigo Jacques estuvo a visitarle, e interrumpió la lectura en que estaba enfrascado el provinciano.

—¡Hola, Lucien! ¿No te molesto?

—No, mi buen Jacques...

—Ven abajo. En un taxi hay una chica preciosa... Te la voy a presentar.

—Pero...

—Anda, no seas tonto. Está también mi amiga Susana.

—Vamos allá... Déjame acabar de arreglarme.

Entretanto, esperaban pacientemente en el taxi dos muchachas, dos alegres parisienses, la una, Susana, amiguita oficial de un viejo senador al que tenía poquísimo respeto; la otra, Maggy, una chiquilla que encontrando pesada la vida de trabajo, se hallaba dispuesta a buscar alguien que la supiera mantener con rango y distinción.

—Maggy... voy a presentarte a un chico de buena casa... Puede convenirte...

—¿Es rico?

—Es estudiante, pero hijo de familia muy acomodada. Un chico inexperto, que si tú sabes manejarlo bien, te dará el dinero que quieras.

—¡Admirable!

No tardaron en llegar los dos amigos. Susana presentó a los que aun no se conocían.

—Lucien... te presento a mi amiguita Maggy... Un verdadero tesoro.

—Encantado... señorita.

—¿Dónde vamos?—dijo Jacques.

—Vayamos al restorán "La vaca en el balcón"... Es un sitio delicioso—propuso Susana.

Se dirigieron a aquel lugar de alegre esparcimiento, donde dos orquestas no cesaban de desgranar sus bailes.

Susana y Jacques bailaron, sin dejarse perder ni una danza; Maggy y Lucien bailaron también, aunque no con tanta intensidad.

Maggy se interesó por el estudiante, por su diploma, por sus proyectos, por su vida. Y pa-

reció quedar maravillada cuando supo la vida tranquila del joven.

Simpatizaron mucho. Ella dijo que vivía sola, que no tenía a nadie en el mundo, que se sentía aburrida. ¡Oh, si encontrase un amigo de verdad, un amigo sincero y noble en quien poder fiarse!

Y poco después, con su conservación cauteladora, con su mirada apasionada, con su sonrisa cálida y sensual, logró que el estudiante se sintiera preso en sus redes.

Y se vieron al día siguiente y al otro y al de más allá... Y al cabo, Maggy logró aprisionar entre sus bracitos de seda al incauto Lucien, y éste tuvo por primera vez una amiguita oficial.

Lucien no había querido nunca y ahora se sentía ciego de cariño y de pasión por aquella mujercita que le brindaba la miel de su juventud.

Le puso un discreto piso y con el pretexto de que tenía que adquirir una biblioteca pidió una fuerte cantidad a sus padres, agotada rápidamente por el afán derrochador de su amiga.

Ella parecía insaciable, quería sombreros, joyas, riquísimas "toilettes". Sólo estaba contenta cuando Lucien le compraba alguna cosa de valor. El muchacho consiguió nuevos envíos de dinero, inventando pretextos y excusas para que nada sospechasen en su casa, y Maggy le pagaba con besos, con sus caricias ardientes, con la embriaguez de su amor...

—Comprándome vestidos y joyas me haces feliz, Lucien... ¿No iremos al restorán a cenar para lucirlos?

—Sí, Maggy... Donte tú quieras.

E iban a los hoteles más caros, a los cabarets donde el dinero parecía carecer de valor ante el mal uso que se hacía de él, y Lucien, a quien ya no bastaban los envíos de casa para sostener a su amiga, tuvo que recurrir a la usura, mediante intereses brutales. Y como Maggy cada día pedía más, cada día se enamoraba como eterna caprichosa de una cosa u otra, pronto él adeudó cantidades considerables. Y tenía los estudios abandonados y se le hacían incompatibles sus libros con los besos calculados y perdidos de su amiguita.

Allá, en el rincón provinciano, en la finca que poseía el buen comerciante señor Mourtier, éste y su esposa comentaban la situación de su hijo.

—No sé lo que le ocurre a Lucien que continuamente pide dinero—decía el padre.

Y la madre, confiada en aquel muchacho, cuya vida había sido siempre tan limpia, intercedía por él.

—La vida de París es muy cara... Los jóvenes tienen sus compromisos...

—Sí... sí... Es posible que los amigos le hagan gastar, que celebre su diploma..., pero esta cantidad es la última que le mando...

Enviaba el dinero a Lucien y éste lo convertía inmediatamente en caprichos para su amiguita. Y Maggy, sin agradecersele de verdad, era mujer incapaz de amar a nadie, le fingía, sin embargo, una gran pasión, pues le convenía que Lucien siguiera pagándole una existencia espléndida y nunca soñada.

* * *

Transcurría el tiempo y las deudas de Lucien eran considerables. Y el usurero, que le había prestado una gran cantidad, no le dejaba ni a sol ni a sombra, buscándole por todas partes.

—Los pagarés no pueden esperar más... Sus deudas están vencidas y hay que abonarlas cuanto antes.

—Tenga un poco de paciencia. Dentro de unos días iré a visitar a mis padres y les pediré dinero para pagarle.

—He de cobrar pronto, pues mi crédito asciende ya a más de cincuenta mil francos.

—¿Tanto? Pensaba que era menos... Pero no dude que le pagaré hasta el último céntimo.

Se hallaba aterrado a consecuencia de sus gastos. Maggy nunca tenía bastante. No había semana que no estrenase un vestido, que no adquiriera una joya. Y él, esclavo de sus gracias, de la voluptuosidad que emanaba de aquella criatura, no sabía negarse nunca.

Cierto día Maggy y su amiga Susana fueron a casa de una gran modista, adquiriendo unos sombreros preciosos que valían un díneral.

Antes de salir, Maggy miró desde el balcón a un joven que ocupaba un pequeño automóvil y que les había seguido casi toda la tarde.

—Fíjate en aquel joven—le dijo a Susana—. Nos ha venido siguiendo... y parece muy rico.

—¿A que te vas a enamorar de él?

—Ya sabes que no me enamoro de nadie... Todo es cuestión de conveniencia.

Rió cínicamente, mientras su amiga Susana le daba la razón.

Salieron a la calle, el joven del coche se descubrió e invitó a los dos muchachas a subir... Susana, que tenía la virtud de conocer cuándo estorbaba, no aceptó, pero, en cambio, Maggy, muy cariñosa, muy complacida de que aquel hombre apuesto y joven se fijara en ella, accedió a ocupar un puesto en el coche.

Fueron a dar un paseo por París, y la conversación sirvió a Maggy para comprender que aquel hombre debía ser riquísimo. Hablaba de propiedades, de palacios, de viajes a lejanos países... Lucien le parecía a Maggy un pigmeo en comparación con ese favorecido de la fortuna.

Era ya muy tarde cuando acordaron despedirse.

—Ha sido usted muy amable al aceptar mi invitación.

—Y usted al ofrecerme un paseo tan grato.

—¿Qué hace usted en la vida?... ¿Trabaja? No... ¿Tiene usted algún amigo?

—¡Sí!

—Lástima... ¿No podríamos volveremos a ver?

—Le tengo miedo a mi novio.

—¿Es celoso? A mí no me importa eso... Nunca me haría retroceder la existencia de un rival. Dígame, ¿nos volveremos a ver?

—Ya le avisaré. Déme sus señas.

—Aquí las tiene.

Y le entregó una tarjeta en que ella leyó el nombre le Pedro Dubois y la dirección de uno de los principales bulevares de París.

—¿Tardará mucho en avisarme, Maggy? Es usted tan cautivadora, que...

—Mi novio va a marchar de un día a otro a casa de sus padres... Ya nos veremos entonces...

—Muchas gracias... ¿Me permitirá usted que la acompañe a su casa?

—Sí, pero haga el favor de dejarme unas casas antes... Si él me viera...

—Donde quiera usted.

Cerca del pisito de Maggy, ella se apeó del auto, despidiéndose cariñosamente del joven...

Pero quiso la casualidad que aquella primera escapatoria fuera descubierta por el propio Lucien Mourtier, que se hallaba cerca de donde se paró el coche, ocupado en contemplar los libros de un escaparate.

Al volverse vió a Maggy bajar del coche y despedirse de un desconocido.

La sorpresa le inmovilizó en su sitio, el dolor le dejó un instante sin movimiento. Pero rehaciéndose rápidamente se dirigió corriendo a casa de Maggy, atormentado por pensamientos en los que veía reflejada la palabra traición.

¿Era posible que aquella mujer por la que tanto se había sacrificado, por la que se arruinaba de aquel modo, le fuera infiel? ¡Debía estar soñando! ¡Si aun conservaba el recuerdo de los besos de amor dados aquella mañana!

Llegó en seguida Maggy. Al ver a su amigo le sonrió y fué a tenderle los brazos. Pero él la rechazó con la sequedad del hombre ofendido.

—¿De dónde vienes?

—¡Caramba! ¡Qué tono!

—El que te mereces. ¿De dónde vienes?

—Pues estaba con Susana y unos amigos... Pero no comprendo...

—Te he visto bajar de un auto con un joven... ¿Te parece bien?

Una sonrisa malévola iluminó las facciones de Margot.

—¡Pero qué tonto y celoso eres! Me preguntas por el joven que me acompañaba, ¿eh?... Pues... acababan de presentármelo, habíamos dejado a Susana en su casa y él se brindó a llevarme hasta la mía... Ya ves que el asunto no tiene importancia.

—Sí la tiene, y grande. Si volviera a verte con otro hombre, te prometo que todo habría terminado.

La amenaza que palpitaba en las palabras de Lucien ofendió gravemente a Maggy, y volviéndose a poner el sombrero que se había quitado poco antes, exclamó:

—¡Basta!... No me gustan ni las escenas ni los disgustos... ¡Me voy!

—¡Maggy!

La idea de que ella pudiera abandonarle, le enloquecía... Ocultó sus celos y, víctima del poder fascinador de aquella criatura, suplicó:

—¡No... no te vayas!... Te quiero demasiado para perderte... Pero prométeme que me amarás toda la vida.

—Pues claro está, mi bien... Y no te atormentes... Ten confianza en mí y deja tus celos... Mira, lo mejor es que te vayas cuanto antes a pedir dinero a tus padres. Lo necesitamos... Sin dinero no se puede vivir.

—Sí, Maggy. Iré... Estoy seguro de que me entregarán lo que necesito.

—Y entonces volveremos a vivir tranquilos y felices...

Y le besó con falsa ternura, y Lucien lo olvidó todo al contacto de aquellos labios...

* * *

Lucien se encontraba en casa de sus padres, vetusta mansión que la laboriosidad del señor Mourtier había construido para hogar.

Pero contra lo que Lucien había supuesto, su padre se negaba a adelantarle aquella cantidad prestigiosa. Y así llevaban ya dos días sin ponerse de acuerdo.

—No, hijo mío, no... No puedo prestarte los sesenta mil francos que me pides...

—¡Por una sola vez, papá!

—Es inútil que insistas. Yo no puedo desprenderme del poco dinero que tengo. No puedo pagar tus vicios.

Y se alejó, furioso, mientras la madre, siempre conciliadora y bondadosa, procuraba calmar la excitación de Lucien.

—Ten paciencia, hijo mío...

—Es que necesito ese dinero, mamá... Los acreedores me amenazan.

—Pero ¿cómo es posible que hayas llegado a esa situación? ¿Qué has hecho? ¿Quién absorbe de esa manera tu dinero?

Con palabra entrecortada Lucien contó que tenía una novia a la que se veía precisado a obsequiar con frecuencia, y de ahí los gastos que se originaban.

La madre movió tristemente la cabeza.

—No me engañas. No es la tuya una novia

formal, de las que sirven luego para esposa... Tú tienes una amante, una querida... y mal camino has escogido, hijo mío... Esas mujeres son



Lucien se encontraba en casa de sus padres...

pozos sin fondo, capaces de arruinar a un millonario. Lucien, parece imposible que hayas caído de esta manera... Tú, cuya vida fué siempre como un cristal...

—¡Si tú la vieras, mamá! Necesito ese dinero, lo necesito.

—No lo esperes. Tu padre ha trabajado toda la vida para reunir una modesta fortuna, y no

entregará tan crecida cantidad... ni por motivos gravísimos.

—Pues yo lo necesito, y para conseguirlo... no retrocederé ante nada... ¿lo oyes, mamá?... ante nada.

Estaba como loco, y sus facciones se alteraban.

—No te pongas así, por Dios... Hablaré a tu padre... pero no tengo esperanzas de que te lo dé...

—Entonces no sé lo que va a ser de mí... Por esa mujer he contraído todas esas deudas. Los amigos, el lujo, el miedo a perderla... y con ella mi felicidad, me obligan a derrochar de ese modo.

—¡Qué mal concepto tienes de la dicha!

—Sé que hay un hombre rico que la persigue, y si no pago ese dinero, ese hombre me la va a quitar.

—Tal vez sería lo mejor para ti... Pero ten calma. Yo le hablaré más tarde a tu padre, cuando vuelva. Y ahora ve a visitar a tu madrina. Le he prometido que irías...

—Está bien.

Se asomó a la ventana y vió a su padre que, ante la verja del jardín, estaba discutiendo con un malayo que pretendía venderle un arma blanca...

Prestó unos momentos atención a lo que decían.

El vendedor hacía el artículo con un tono lento y grave:

—Es una cosa realmente extraordinaria... Un puñal malayo... Algo muy curioso. Al apretar este resorte el puñal se abre y sus tres hojas

producen una herida terrible en forma de cruz. Vea usted.

Apretó el botoncito y el puñal se abrió en trío de hojas...

El señor Mourtier, coleccionista de armas antiguas, se sintió interesado por aquella compra.

—En efecto, es curioso...

—Se lo daré barato... Existen pocos ejemplares.

Convinieron el precio, y el señor Mourtier, con el placer del coleccionista que ha adquirido un nuevo ejemplar, lo colocó en una panoplia llena de toda clase de armas que tenía en el recibidor.

Lucien se metió en su cuarto... Quería escribir a Maggy. Después iría a ver a su madrina.

Poco después un auto se detenía ante la casa. Lo guiaba Dubois, el joven millonario cuya amistad con Maggy se había hecho más íntima. Maggy, sonriente, descendió del coche y dijo:

—He tenido una gran idea en venir aquí, ¿no le parece?... Muy bonita excursión y muy rápida.

—¿Y a quién va usted a visitar?

—A una... amiga. Espéreme en el coche... No tardaré en volver.

—La aguardo con ansiedad.

Maggy llamó a la casa. Una criada anciana, buena mujer que había visto nacer al señorito Lucien, le franqueó la puerta.

—¿Está en casa el señor Lucien Mourtier?

—Creo que sí. Tenga la bondad de entrar.

Maggy avanzó tranquilamente por un salón espacioso y bien decorado que le causó una impresión excelente.

¡Caramba! Los padres de Lucien parecían

gente rica. Esto era muy interesante. No era, pues, nada difícil que Lucien pudiera seguir costeándola un excelente vivir.

Y estaba dispuesta a conseguirlo. Lucien era un muchacho simpático, un ingenuo al que Maggy manejaba a su antojo. No quería reñir con él, pero si Luciano se mostraba tacaño, entonces, sintiéndolo mucho, se vería en la precisión de aceptar a Dubois, hombre inmensamente rico, pero que a causa de su mayor experiencia y mundanidad creía ella menos fácil de dominar...

La doncella fué a advertir a Lucien.

—Una señorita pregunta por usted, señorito Lucien.

—¿Por mí? ¡Qué extraño!

Bajó al salón, y con la mayor sorpresa se encontró frente a frente con Maggy, que le decía tranquilamente:

—Aquí me tienes.

—Pero...

—Deseaba conocer a tu familia, la casa donde naciste, tus cosas...

—Sí, sí... pero... ¿no comprendes, Maggy?... Tú no debes venir aquí... No es éste sitio adecuado...

—¡Está bien!... ¡Qué recibimiento tan frío!... No lo esperaba de ti... Conque éste no es mi sitio, ¿eh?... Pues, adiós, me voy...

—No te vayas aún...

—Sí, chico, para lo que hay que hacer aquí... Además, me esperan.

Una ráfaga de celos pasó por Lucien.

—¿Con quién has venido?

—Pues he venido en auto con él... con el otro. Corrió Lucien a la ventana y vió, efectivamente, un coche parado ante la casa, y ante el

volante a un joven que fumaba un cigarrillo.

—Te prohibo que vuelvas a marchar con él, ¿entiendes? Te dije que no quería esa amistad... y no la quiero.

Ella le contempló con frialdad.

—Vamos a lo esencial... ¿Tienes dinero?... Sabes que tengo varias facturas que abonar, y lo necesito.

Lucien bajó los ojos.

—Todavía no he podido conseguir nada...

—Pues tienes poca maña, porque tus padres parecen gente rica.

Y sonreía, acariciándose un brazalete de brillantes que Lucien no le había visto nunca.

—¿Quién te ha dado eso?—preguntó, cogiendo su muñeca.

—¡Uy, chico, qué manera de tratar mis joyas!... Pues yo misma lo he comprado... Pero te advierto que no está pagado aún.

—¿Por qué gastas tanto?...

—Sabes que me gusta vivir bien. ¿Quieres pagármelo?...

—Si consigo dinero, sí...

—Mañana tal vez sea tarde. El joven del auto desearía pagarlo de buena gana...

Y se acercaba a él, llenándole del aliento perfumado de sus labios, de la luz voluptuosa de sus ojos...

Lucien la apretó contra sí.

—¡No me dejes, Maggy! ¡Mañana tendré el dinero!... ¡Sea como sea!

—¿Sí?... ¡Qué bien entonces! ¡Te quiero, Lucien!... El otro, poco me importa ya.

—Pero ¿te irás en su coche?

—Sería una descortesía. Le estoy agradecida

porque gracias a él he podido venir a verte. Adiós, Lucien, mañana te aguardo en París...

Se despidió, sonriente, pues estaba contenta ante la idea de que Lucien seguiría pagando. Aquel muchacho era una mina por explotar, y siendo tan ingenuo e inexperto, el trabajo sería fácil...

Salió Maggy, y los señores Mourtier, que entraban en aquel momento en el salón, vieron marchar a la desconocida.

Fruncieron el ceño, y el padre se enfureció al aspirar el perfume de mujer mundana que había dejado la visitante.

—¿Quién era esa mujer? ¿Con quién hablabas?

—Una conocida mía de París—dijo Lucien, fríamente, aun perturbado por el recuerdo de Maggy—. Mañana tengo que regresar a la capital...

—¿Por qué?

—Mamá te explicará los motivos que me obligan a dejaros...

Y, disgustado, se retiró a otro gabinete, con la esperanza de que su padre pudiera entregarle dinero.

Mamá habló tristemente a su marido:

—Lucien me ha confesado su situación. Tiene enormes deudas... Está enamorado de una mujer que le arruina.

—Lo suponía. Deudas así sólo se contraen en el juego o por una mujer. Yues yo no pago deudas de esa índole...

—Temo que nuestro hijo, en un momento de desesperación, cometa una locura...

—¡Debe sesenta mil francos!... Está loco si cree que voy a dárselos.

—Tú no comprendes cuál es su estado de ánimo.

—A nuestro hijo nos lo han cambiado. No es posible que haya perdido del todo sus antiguas virtudes. Voy a hablarle severamente.

Se dirigió al encuentro de su hijo, y procurando contener la indignación que la conducta de Lucien le producía, le habló:

—Estoy enterado de todas tus deudas... y de su causa. Sé que vives con una mujer... ¡Bonita manera de emplear el dinero!

—¡Papá!

—No cuentes conmigo... No pagaré tus caprichos, que deberían avergonzarte.

El irguió la cabeza; se sentía herido en su amor.

—Papá... sálvame del apuro... Te prometo corregirme, trabajar, devolver el dinero poco a poco...

Vaciló en contestar el padre:

—Bien, te ayudaré para que salgas del atolladero, pero con una condición.

—La que quieras.

—Con la condición de que dejes a esa mujer... causante de tu ruina.

—¡Ah, no, no! ¡Eso, no!

—Reflexiona... Es tu bien lo que yo busco.

—¡No! ¡Nunca!

—Entonces arréglate como quieras.

Lucien se exasperaba al comprender que se le cerraba su única fuente de ingreso.

—Me niegas tu apoyo, ¿eh?... Pues yo sabré procurarme dinero. No te necesito.

Y cogiendo el sombrero, salió nerviosamente a la calle, mientras mamá, que había estado

oyendo la conversación desde un cuarto contiguo, entraba en la salita.

—Debías haberle dado alguna cantidad, a lo menos.

—Sería peor. Esa mujer le domina, y yo no he trabajado toda la vida para verme luego en la miseria. ¡No! ¡Nunca!

La madrecita sacó el pañuelo para limpiarse unas lágrimas. Aquel hijo, tan bueno como era antes... ¡y ahora esclavo de una mujer!

* * *

Lucien, después de pasear largo rato por el pueblo, se decidió a ir a casa de su madrina, la señora Vernaud, que vivía sola y poseía un gran capital.

La anciana le recibió afectuosamente. Y pronto se dió cuenta del estado de nerviosidad en que se hallaba Lucien.

—¿Qué te pasa? ¡Estás pálido!

—He tenido una escena violenta con mi padre. Se ha negado a pagar mis deudas...

—Ya sé que las tienes, y grandes. Ayer me habló de ello tu mamá.

—Reconozco que he derrochado algo, pero él debería ayudarme, ¿no te parece?

—Todo lo contrario... Si tu padre no lo hace es por tu bien... ¿Adónde irías a parar si seguías por ese camino?...

—Es cruel conmigo. Peor será si no puedo pagar. Me persigue un usurero. Van a condenarme por estafa...

Paseaba nerviosamente, y de pronto se fijó en

que sobre la mesa de un secreter había un importante legajo de billetes de mil francos. Sus ojos los observaron con codicia, y miró a la madrina, que había dado cuenta de su curiosidad.

—Si alguien me salvara, evitaría muchos disgustos... Si quisiera usted...

Pero la dama le atajó severamente:

—No confíes en mi dinero. Puedo ser tu madrina, pero mis ahorros no irán a las vampiresas de París.

—¿Tampoco usted quiere ayudarme?

—Para ese caso, no.

—Pues bien, recurriré a todo con tal de procurarme dinero. ¡Tacaños! Usted, mi padre, todos. ¡Tacaños! ¡Egoístas! Pues yo obtendré dinero...

Y salió precipitadamente, con la actitud del hombre que ha perdido el dominio de sí mismo y es capaz de las mayores locuras.

Y, en tanto, en casa de los Mourtier, la madre, con la insistencia generosa de todo corazón maternal, insistía cerca de su marido aunque inútilmente.

—No quiero saber nada de Lucien, ni de sus deudas...

—¡Sólo por esta vez!

—Hubiera pagado una parte de ellas, si Lucien me hubiese prometido no volver a ver más a aquella mujer. Pero insiste en vivir con ella, y yo no transijo con esa locura... No quiero ser indulgente... Lo tomaría por debilidad de mi carácter.

—¡Es su primer amor, pobre Lucien!

—¿Primer amor... esa infamia? ¿Primer

amor... el que arruina a mi hijo! ¡No blasfemes, mujer!

Suspiró la madre, comprendiendo que había dicho una tontería, pero aun volvió sobre la carga.

—Temo que cometa alguna barbaridad... Tú no te has dado cuenta de lo excitado que está.

—No me importa... He de mantener mi prestigio de padre, pase lo que pase.

Y era tan firme su actitud, que ella ya no se atrevió a insistir.

* * *

Aquella noche se encontraban cenando en un restorán de París, Maggy y Pedro Dubois.

Este había regalado un magnífico "pendentif" a la aventurera. Ella, trémula de alegría, se sentía feliz y se olvidaba de Lucien, a pesar de sus promesas de aquella tarde.

—Maggy, ¿no le parece a usted que deberíamos emprender una excursión por la Costa Azul? ¿No ha estado usted allí nunca? ¡Es tan maravilloso aquello! ¡Le gustaría tanto!

—Sí, me agradaría... pero ¿y Lucien? He prometido estar con él...

—¡Qué loca! Deje a Lucien, devuélvale sus regalos... Yo le compraré a usted cosas mucho más maravillosas.

Ella dudaba... Los propósitos de continuar con Lucien, hechos en casa de éste, se desvanecían ahora ante la perspectiva de esplendor y riqueza que Dubois podía proporcionarle. Realmente, casi le convenía más Dubois. Por poco que

durara su unión con él, ya habría conseguido joyas que valdrían una fortuna...

—Yo me iría con usted... pero ¿cómo avisar a Lucien de que le dejo?

—Eso es lo más fácil. Un telegrama... un adiós para siempre... ¡Y que se vaya al diablo con su pobreza!

—¡Es verdad! Voy a mandarle un despacho de despedida... ¡y a tomar la vida en broma!

Y allí mismo redactó un telegrama para Lucien, manifestándole que como comprendía que era para él una carga, un estorbo, algo lujoso y difícil de sostener, se iba con otro hombre de mayores posibilidades... Y no sintió el menor remordimiento al romper con aquel muchacho que se había arruinado por ella y que por ella era capaz de cometer cualquier locura.

* * *

A la siguiente mañana, el señor Mourtier recibía en su despacho la visita de un comerciante con el que sostenía relaciones de negocio.

Cuando ya el visitante se marchaba, Mourtier le dijo:

—Quiero enseñarle a usted un arma que adquirí ayer... Una cosa muy rara... Un puñal malayo.

Se acercó a la panoplia y descubrió con visísima extrañeza que el puñal había desaparecido.

—¡Qué raro es eso! ¿Quién ha podido tocarlo?

—No se preocupe usted... Ya me lo enseñará otro día...

—Bien, bien. Pero no puedo comprender... ¿Quién tendrá el puñal?

Mourtier acompañó al visitante hasta el jardín, y luego volvió a su despacho.

Momentos después, entraba en la casa, pálido, desencajado, Lucien, que no había estado en ella desde la noche anterior... Al hallarse en el recibidor se sacó del bolsillo el puñal malo- yo y lo colocó en la panoplia...

Su madre, que sabía había pasado la noche fuera, observó que dejaba algo en la panoplia y que luego subía cautelosamente la escalera en dirección a su cuarto. Disgustada por el regreso tardío, salió a su encuentro y le dijo en tono de severo reproche:

—¿Ahora regresas a casa?

—Sí.

—¿Dónde has estado?

—Primero en el teatro... luego en el café... y por ahí...

—Anoche se recibió para ti, a última hora, un telegrama urgente.

—¿Para mí?

Abrió nerviosamente el papelito azul que la madre le entregaba, y después de leerlo lo arrugó con desesperación.

—¡La infame! ¡La infame!

—¿Qué pasa, hijo mío?

—¡Ella... ella! ¡Me abandona! ¡Y esto es el premio a mis desvaríos, a mis sacrificios! Me dice en el telegrama que la olvide... que se ve obligada a dejarme por el otro... que es más rico que yo... ¡La infame!

—¡Pobre hijo! Ya ves a quién dabas tu amor,

por culpa de quién te sacrificabas. No merecía tu cariño.

—No, no... Ahora veo claramente la verdad. ¡Y yo he podido arruinarme, cargarme de deudas... por esa mujerzuela!

Se encerró en su cuarto, y la señora Mourtier, con una dulce alegría en el corazón, pues pensaba que su hijo se vería libre de aquella odiosa mujer que entorpecía su vida, marchó al encuentro de su marido.

Pero el señor Mourtier había recibido hacía pocos momentos una noticia espantosa, impresionante.

La doncella, que acababa de llegar del mercado, se la había comunicado.

—¿No sabe, señor?... ¡La madrina del señorito Lucien, ha sido asesinada!

—¡Qué horror!

—Dicen que la herida tenía la forma de una cruz... ¡Era horrible!

—¿De una cruz?... ¿Lo has visto?

—Lo dice todo el mundo.

—¡Ah, Dios mío!

Se puso las manos al corazón, sintió en él un dolor intensísimo. Una palidez mortal cubrió sus mejillas. Pensó en el puñal desaparecido, que también hería en forma de cruz...

—Dime... ¿dónde está Lucien?—preguntó, nerviosamente.

—Creo que acaba de llegar... Ha pasado la noche fuera de casa.

—¿Estás segura?

—Sí, señor, sí... Pero ¿qué le pasa? ¿Se siente usted enfermo?

—¡No, no! ¡Calla... no digas nada a nadie... calla!

Se dejó caer en un diván, vencido por espantosas visiones, por el convencimiento de una tragedia horrible...

¡Su hijo no había estado toda la noche en casa! ¡El puñal malayo había desaparecido!



Pensó en el puñal desaparecido...

¡Su hijo tenía que visitar anoche a su madrina!

¿Habría sido él... quien en un arranque de locura, en un momento de desesperación, habría dado muerte a su madrina? Las pruebas eran abrumadoras, los indicios, terribles... ¡Maldita mujer de París, que destruía para siempre la vida de su hijo!

Bien ajena a lo que podía suceder, la señora Mourtier fué al encuentro de su esposo.

—¿Qué te pasa? ¿Te sientes enfermo?

—¡No, no!—sollozó el pobre.

La doncella movió tristemente la cabeza.

—El señor se ha puesto enfermo cuando ha sabido el asesinato de la madrina del señorito Lucien.



—¿Pero has asesinado a madame Vernaud?

—¿Pero han asesinado a madame Vernaud? ¡Oh, Dios mío! Yo no sabía nada, nada. ¡Pobre señora!

La doncella se retiró prudentemente, mientras los dos viejos se contemplaban con honda tristeza... Mourtier rompió a hablar.

—Tú no sabes aún lo peor... no lo sabes.. Han matado a madame Vernaud con un puñal malayo... que hiere en forma de cruz, y el que

ayer compré ha desaparecido de mi panoplia...

Ahora fué la señora Mourtier quien se sintió desfallecer.

—¿La panoplia? Lucien ha colocado hace poco no sé qué en ella.

—¿De veras? ¿Lo has visto tú?

—Sí, yo...

—¡El! ¡Es él! Ha pasado la noche fuera... Tenía el arma. Habrá asesinado...

—No, no es posible... no es posible.. Nuestro hijo no ha hecho eso, nuestro hijo no ha podido hacer eso.

—También a mí me parece una locura pensarlo... pero, ya ves... el dato del puñal... toda la noche ausente... la necesidad de dinero... Es él... es él...

Lloraban, abrazados con una emoción, con un dolor hondísimo.

—¡Lucien! ¡Pobre Lucien!...

—¡Mi hijo! ¡Mi hijo! ¡Si yo hubiera dado el dinero!...

En pocos momentos parecían haber envejecido diez años; se sentían morir...

En aquel instante oyeron un gran ruido en la calle, y acercándose a la ventana vieron detenerse el coche de los presos en el edificio de la Gendarmería, situado allí enfrente. Un gran gentío lo rodeaba...

Un estremecimiento pasó por el cuerpo de los dos. ¿No vendrían a detener a Lucien?

En su tristeza, en su espanto, no osaban siquiera ir al cuarto donde se encontraba su hijo.

Momentos después entró la criada.

—El oficial de los gendarmes pregunta por el señor.

—¡Ah... bien!... ¡Ya... ya... voy!

Mourtier se levantó. Su esposa le rogó, sollozando:

—Cálmate, por Dios... que no vean tu turbación. Es horrible... Preferiría morir a todo eso...



—¡Pobre Lucien!

El señor Mourtier entró temblando en el saloncito donde esperaba el oficial con unos gendarmes... Su esposa quedó en la estancia contigua, escuchando la conversación.

El oficial se adelantó a saludar, frío y grave, a Mourtier.

—¿Ha visto usted a su hijo esta mañana, señor Mourtier?

Su cabeza se movió, temblorosa.

—No, no, señor...

—Ha ocurrido algo terrible, señor Mourtier... Han asesinado a la señora Vernaud... Ya lo dirá usted a su esposa; creo que se querían mucho. El crimen ha sido cometido por un individuo sin experiencia... Los cajones estaban violentados...

Hablaba gravemente, como si evocase la tragedia... Mourtier sentía que sus piernas se doblaban. Su esposa, desde la otra estancia, se cubría la boca con el pañuelo para no estallar en sollozos.

—Se ha llevado más de cincuenta mil francos... y ha olvidado unas joyas que valían un dineral...

Aquel nuevo dato, cuya cantidad coincidía casi con la que necesitaba Lucien para el pago de sus deudas, acabó de impresionar a Mourtier, haciéndole comprender más claramente la culpabilidad de su hijo.

—Encontré ayer a Lucien—prosiguió el oficial—. Estaba triste, y pasamos la noche juntos en el teatro... hasta que ocurrió el crimen...

Aquellas palabras desorientaron al anciano.

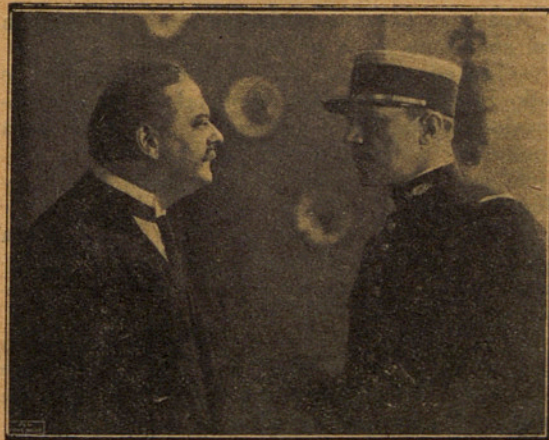
—¿Cómo dice usted? ¿Que pasó la noche con Lucien... en el teatro?

—Exacto... Estaban terminando la función cuando me vinieron a avisar que había sido encontrada asesinada la señora Vernaud... Y entonces, con Lucien, fuimos a la casa del crimen...

El rostro de Mourtier se transfiguraba; también la madre, allá en su rincón, creía ahora estar soñando...

—Vimos a la señora Vernaud tendida en tierra con una gravísima herida en la espalda en forma de cruz... Lucien, que se hallaba muy emocionado, me dijo: "Esta herida ha sido producida por un puñal malayo... Mi padre tiene

uno igual". Y a petición mía vino a buscar el puñal, y, en efecto, comprobamos que la herida había sido causada por un arma semejante. Hemos estado juntos hasta muy de mañana. Luego yo he conseguido detener al asesino.



—Encontré ayer a Lucien...

Una intensísima emoción se apoderaba de Mourtier. La alegría de que su hijo no fuera culpable, de que terminara la pesadilla de aquella responsabilidad, parecía enloquecerle...

Apareció la señora Mourtier. En sus ojos había huellas de lágrimas recientes, pero su corazón era ya feliz al ver inocente a su hijo... Y ni ella ni su marido se acordaban, tan grande era su alegría al saber que Lucien era inocente, de la pobre víctima del crimen.

El oficial observó las lágrimas de la señora Mourtier y el estado de nerviosidad del esposo.

—Siento haberles tenido que dar tan mala noticia... ¡Pobre señora Vernaud! Era algo pariente de ustedes, ¿verdad? Les doy mi pésame... ¡Ah, ahí viene su hijo!

Apareció Lucien, cabizbajo, bajo la tristeza del abandono de la mujer ingrata.

—Lucien, sus padres ya están enterados de todo lo ocurrido—dijo el oficial—. Les ha impresionado mucho el crimen... Y he venido para comunicar a usted que ya tenemos preso, convicto y confeso, al autor del crimen: el vendedor de puñales.

—Lo celebro, mi buen amigo... ¡Pobre señora Vernaud! No merecía un fin así. No llores, mamá. Quise ocultarte la noticia, pero debías saberlo al fin y al cabo.

En silencio, su padre estrechó a Lucien contra su corazón y le dió un beso, cuyo significado Lucien no comprendió realmente... Y también la madrecita abrazó llorando a su hijo.

Salieron el oficial y los gendarmes, y Lucien dijo entonces:

—Padre, no temas ya por mí... Mi amiga me ha abandonado... y yo estoy ya libre de ese mal amor... No la veré más. Cuando quiera amor, lo buscaré en una mujer honrada y buena. Ahora me marcharé a América, huyendo de mis acreedores, a purgar mi falta.

—¡No, Lucien, tú no te irás!... Aunque sea para mí un sacrificio, yo pagaré tus deudas... Con que hayas dejado definitivamente a esa mujer, me consideraré pagado del todo... Y nunca tengas una amiga así...

—¡Papá, papá! Yo trabajaré y te devolveré

poco a poco tu dinero. Tú no debes desprender-te definitivamente de él... Yo no me enamoraré de otra mujer si no es digna de llamarse vuestra hija.

Y abrazó a los viejos, que lloraban enternecidos y le contemplaban con amor.

FIN

En las selectas **Ediciones especiales**, acaba de aparecer

LAS ALEGRES CHICAS DE VIENA

MAÑANA:

¡VIVA LA LIBERTAD!

Un film de René Clair

RECUERDE:

Malvada y El teniente del amor

Sírvase pedirnos los nuevos catálogos de EDICIONES BISTAGNE y se los remifiremos seguidamente.

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: **Barbará**, 16. - Madrid: **Evaristo San Miguel**, 11

Tipografía Barcelona - Aribau, 206 - Teléfono 78087 - Barcelona

La Novela Cinematográfica del Hogar

Números publicados:

1. Puertas cerradas · 2. Madre pecadora · 3. Estrella simbólica · 4. La losa del pasado · 5. La mujer de Satanás.
6. Jimmy, el misterioso · 7. Nueva mujer, nueva vida.
8. Amanecer · 9. Tras la cortina · 10. Los misterios de Londres. (La divina pecadora) · 11. En la vieja Arizona · 12. Honrarás a tu madre · 13. Nobleza baturra · 14. Su majestad El Amor · 15. Amor siniestro · 16. Eugenia Grandet · 17. Ana contra el mundo · 18. La hermana blanca · 19. De mujer a mujer · 20. Mujeres frívolas · 21. No me olvides · 22. El caballero del amor · 23. Estrellas fugaces · 24. Tobillos de oro.
25. En nombre de la amistad · 26. El prisionero de Zenda.
27. Sendas traicioneras · 28. El príncipe Stravos · 29. Fútbol, amor y toros · 30. Hombres peligrosos · 31. Sed de cariño · 32. Luna de miel · 33. Shari (la hechicera oriental).
34. El príncipe de los diamantes · 35. Una mujer en Wall Street · 36. Las tres hermanas · 37. Cara o cruz · 38. La calle del azar · 39. La batalla de París · 40. Malas compañías · 41. El conquistador · 42. La caza del millón · 43. El enemigo silencioso · 44. El príncipe X · 45. Canción gitana.
46. ¿Quién disparó? · 47. El capitán Tormenta · 48. Arco Iris · 49. Estrellas del «Edén» · 50. Siete días con licencia.
51. ¡Que hombre tan guapo! · 52. Batacón · 53. La santa amistad · 54. Dramas del circo · 55. El reporter del diablo.
56. Vértigo del tango · 57. La noche es nuestra · 58. El premio de belleza · 59. ¡Siempre alerta! · 60. El misterio de Villa Elena · 61. El testamento Nodelkof · 62. Oro y sangre.
63. Ingenuidad peligrosa · 64. La locura del oro · 65. Hermanas frívolas · 66. Estrellas de Occidente · 67. ¡Desamparado.
68. Un plato a la americana · 69. La casa de la flecha · 70. El defensor · 71. Jóvenes pecadores · 72. Esposas de médicos · 73. Su hombre · 74. ¡Vaya mujeres! · 75. Todo por el aire · 76. Flor de pasión · 77. Por un par de pijamas.
78. Pobre tenorio · 79. Música de besos · 80. El otro yo.
81. El camello negro · 82. A toda marcha · 83. Me voy a París · 84. Gordas y flacas · 85. Estaré sola a media noche.
86. El hijo pródigo · 87. La aventurera · 88. Tres muchachas francesas · 89. El temerario · 90. Mi padre es un fresco.
91. Ternura · 92. Rascacielos · 93. Un provinciano en París.
94. Diosas de Montmartre · 95. La huerfanita · 96. El centauro · 97. Cuatro estudiantes · 98. Luz de Montana · 99. La riada.

Los números van acompañados de una artística postal-bicolor

Ediciones BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis

Teléfono 18551 - BARCELONA
